

# EL BLOQUE IBERICO COMO UNIDAD GEOESTRATEGICA

## EL ESPÍRITU DEL BLOQUE IBÉRICO

Aunque el acercamiento paulatino de España y Portugal es de fecha bastante anterior, fué el 17 de marzo de 1939, al firmarse el Tratado de amistad y no agresión entre los dos países, cuando tomó forma jurídica este anhelo y deseo de las dos naciones de ayudarse mutuamente en sus dificultades de origen exterior. Más adelante, en 1940, se publicó el Protocolo adicional que había de dar vida y forma al Bloque Ibérico, ratificando y ampliando lo acordado antes, sirviendo el de 1948 para aumentar su vigencia, hasta entonces de sólo diez años de duración.

Poco después de su firma, estos Tratados iban a verse sometidos a una dura prueba y demostrar si eran reales y resultado de una verdadera buena voluntad y disposición hacia su vecino, o solamente papel *mojado, e iguales a los firmados entre Alemania y Polonia, o este país y Rusia, entre otros muchos Tratados de no agresión que se firmaron en Europa y Asia en aquellos atormentados años.* La segunda Guerra Mundial estalló; al año, las *Panzer* alemanas acampaban en el borde septentrional de los Pirineos; pero en aquella ocasión españoles y portugueses no olvidaron que en una lucha continental y mundial la Península Ibérica constituye una unidad geoestratégica perfecta, y que el porvenir de uno y otro país respecto a las amenazas que desde el Pirineo señalen a Portugal, o que desde el Atlántico se dirijan contra España, dependen de la buena o mala voluntad de su vecino. En buena lógica, Portugal pensó que su frontera continental no lo era la pacífica línea de demarcación con España, sino los Pirineos. A la vez, ésta se dió cuenta de que su frontera atlántica la constituyen las costas de Portugal. Y es

que la Península Ibérica es una unidad estratégica indivisible, y cuando por rivalidades políticas o los intereses egoístas han pesado más en el ánimo de los pueblos ibéricos que la realidad de este principio, la catástrofe se cernió sobre ambos países en plazo más o menos largo.

Por tener estos hechos en cuenta los gobernantes que en aquellos momentos regían los destinos de ambas naciones, la Península fué el único remanso de paz en Europa, y aunque las consecuencias económicas del conflicto cayeran sobre los dos países, ambos conservaron intactas sus viejas ciudades y escaparon de la destrucción y de la muerte.

El Bloque Ibérico no es un simple Tratado de amistad y no agresión; en él no sólo se garantiza la inviolabilidad de sus fronteras y territorios, sino que obliga a ambas partes contratantes a no aliarse con países que pueda entrar en sus planes atacar al otro. Estos dos propósitos, no agresión mutua y no prestarse a servir de base a un tercero para la misma, son de una importancia que los hechos posteriores han demostrado ser trascendental, y cierra en realidad una etapa histórica que ha durado siglos, en la cual la situación de los dos pueblos peninsulares era la de vivir de espalda uno de otro y no importarles las desgracias de su vecino. Llegando a veces incluso a prestarse a servir de trampolín para el salto al territorio del país hermano, sin pensar que la gran familia ibérica es una, porque la geografía y Dios lo ha querido, y que el hecho de dejar indefenso o traicionar al otro, trae a la larga consecuencias igualmente trágicas para ambos.

Son éstas las razones por las que el espíritu del Bloque Ibérico puede tener unas consecuencias históricas insospechadas para el futuro de España y Portugal, al decidir unirse contra el peligro exterior, a la vez que tratan de entenderse y que sus dos corazones laten al unísono.

#### ALGUNAS PARTICULARIDADES DEL DESARROLLO HISTÓRICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

La Península Ibérica, además de ser la más occidental de Europa, es un pequeño continente. Su unión con Francia a través de los Pirineos constituye más bien una separación, o por lo menos una unión terrestre en precario. Otros de los hechos que la caracterizan y que hay que tener en cuenta al tratar de ella es su proximidad a Africa y lo dilatado de sus

costas. Estos factores han tenido decisiva importancia en su desarrollo histórico, de tal modo, que según que en un momento dado la humanidad haya o no tenido visión amplia o restringida de sí misma, los pueblos de Iberia se han considerado unidos en un mismo porvenir, o se han replegado y limitado su historia a los sóloos ámbitos peninsulares.

Así, en el período romano, en el que privaban conceptos universalistas, Hispania o Iberia eran la misma cosa, constituyendo la Tarracense, la Bética y la Lusitania meras expresiones administrativas. En la Edad Media la Península Ibérica se volvió a sentir continente y a comportarse como tal, siendo durante un largo período el lugar de cruce de las dos grandes culturas, europea y oriental, que le imprimieron unas características peculiares muy marcadas.

Cuando la explosión humanista del Renacimiento, otra vez los ideales universalistas se pusieron en pie; España y Portugal, ya perfectamente definidas, tenían el sentimiento íntimo de su común destino, y ambas coincidieron en sus grandes empresas descubridoras y colonizadoras. Al decidirse por unir su dirección política, el sol no se ponía en los dominios de los pueblos ibéricos. Las desgracias militares, la inquietud espiritual producida por la Reforma y la aparición de los nacionalismos, siempre latentes, hicieron que se volvieran a separar; la Península Ibérica retrocedió a hacer vida de continente en miniatura, con sus divisiones, sus pasiones y sus luchas fronterizas.

Hoy día la Humanidad vuelve de nuevo por sus fueros de universalidad, e inconscientemente, los dos grandes pueblos ibéricos tornan a sonreírse, a pensar que el porvenir no depende de ninguno de ellos con exclusividad, sino de los dos, y el acercamiento espiritual vuelve a hacer una realidad el hecho geográfico de Iberia.

Al contemplar un mapa de la Península, claramente se advierte que, en relación con el mundo que la circula, ésta tiene cuatro proyecciones hacia el exterior, que han sido la causa manifiesta del porvenir y desenvolvimiento de los pueblos ibéricos.

Estas proyecciones son: mediterránea, africana, atlántica y hacia el Canal de la Mancha; estas cuatro proyecciones exteriores son todas marítimas; la unión con Francia no ha tenido nunca este carácter; los Pirineos siempre fueron zona de paso, de contacto o de fricción; pero no de expansión, ni para los españoles ni para los franceses.

Estas líneas de proyección exterior fueron las que marcaron las di-

recciones de expansión de los pueblos que se formaron en la Península al final de la Edad Media. Así, el reino catalano-aragonés la tuvo mediterránea; Portugal, atlántica y africana; las Cuatro Villas, el Canal de la Mancha; Castilla, todas.

El mar ha constituido el destino de los pueblos ibéricos; las empresas exteriores de los mismos siempre han tenido el carácter de expediciones marítimas. Cuando, por debilidad económica o política, se han replegado sobre sí mismos, su historia tomó el carácter de guerras intestinas y civiles. Las proyecciones marítimas son las que han definido y definirán la política exterior de los mismos; la falta de comprensión por parte de sus dirigentes políticos de esta premisa ha sido la causa de su decadencia o la razón de su vigor.

#### ACTITUD HISTÓRICA DE ESPAÑA Y PORTUGAL ANTE EL PERTURBADOR

Ante todo, ¿qué es el perturbador? Es el pueblo que desea destruir el equilibrio europeo y alzarse con la hegemonía continental. ¿Es Rusia un perturbador continental? Sí y no. En la historia europea, además de la figura del perturbador continental, aparecido en escena durante el Renacimiento, hay otro más antiguo y cuya aparición tiene una cadencia de quinientos años aproximadamente: es el perturbador oriental, extraeuropeo, asiático, cuyo fin no es, como el del europeo, conseguir la hegemonía política continental, sino conquistarla, saquearla, esclavizarla y avasallarla, barbarizándola. Rusia, pues, tiene características propias de las dos clases de perturbadores.

La trayectoria seguida por las luchas contra el perturbador continental es bien conocida.

Contra el perturbador oriental, Europa ha terminado uniéndose, al menos en parte, consiguiendo sólo así contener su terrible y devastador avance. Persia fué el primer perturbador oriental histórico, contra el que se unieron los europeos de la época: los griegos. A los hunnos sólo les detuvo una coalición europea, aún posible en los últimos días de Roma. Los tártaros fueron parados por polacos y alemanes, ayudados por un enjambre de europeos de todas las nacionalidades, apoyados por la Iglesia. Contra los turcos fué también la Iglesia la que consiguió coligar a

los más fuertes campeones, que los detuvieron en los muros de Viena y en Lepanto.

¿Cuál fué la actitud de España y Portugal en estas ocasiones?

Su posición geoestratégica y sus discrepancias políticas la definieron. El perturbador europeo, geobloqueado por Inglaterra, necesitaba bases que se escaparan del control inglés para poder operar contra sus líneas de comunicaciones. En Europa, solamente las dos penínsulas extremas escapan a este bloqueo natural; es lógico, pues, que fuera la Ibérica una de las posiciones más codiciadas contra la lucha en Inglaterra. Ahora bien: ésta, previsoramente, ante tal contingencia, siempre procuró tener una cabeza de puente en la Península; de aquí su eterna alianza con Portugal, por dos motivos: uno, para impedir que fuera España tomada como base de su ofensiva marítima; otro, con el fin de llevar a la Península un teatro de operaciones terrestres, querido por los ingleses, al poder alimentar sus ejércitos fácilmente por vía marítima, mientras el perturbador tenía que hacerlo por el largo camino de los Pirineos.

De esta forma, España, siempre que el perturbador ha llegado a esta cordillera, se ha visto en la terrible situación, o de aliarse con éste y verse entonces amenazada por los ingleses desde Portugal, convirtiendo la Península en campo de batalla, como pasó en la guerra de Sucesión, o aliarse con los ingleses y estar en tal coyuntura amenazada de invasión por los Pirineos. En el primer caso, si Inglaterra no se ha encontrado con fuerzas para desembarcar en Portugal, el perturbador, a toda costa, nos ha metido en la impopular aventura de invadirla, como sucedió en 1806 y 1807.

Y en el caso de que el perturbador no haya llegado a los Pirineos, ¿cuál ha sido la actitud de Inglaterra ante España? Neutralizarla, hacer que no exista, ignorarla, uniéndose a esa actitud, desde finales del pasado siglo, su aliada Francia. A Portugal la han considerado como una isla, buena, con las Azores y Madera, como base de operaciones anticorsarias, sacándola combatientes si podían, sirviéndose de ella como amenaza latente contra España para el caso en que ésta sintiera veleidades de simpatía hacia el perturbador.

Esta ha sido la terrible situación de España y Portugal ante Inglaterra y el poderoso aspirante a la hegemonía continental en los grandes conflictos europeos, debido exclusivamente a sus propias culpas, a vivir políticamente de espaldas dentro de la Península, y a la estúpida creen-

cia de que las desgracias de la nación hermana no recaerían sobre ella.

¿Por qué no se ha repetido la historia en la segunda Guerra Mundial? Sencillamente, por el cambio radical de la actitud de los dos países entre sí. Esta vez no les ha sorprendido la guerra sin relaciones políticas concretas. Al estallar, estaba firmado ya un Pacto de no agresión: en el año 1940 se definió el Bloque Ibérico; los alemanes, al llegar al Bidasoa, necesitaron de la Península para cerrar el Mediterráneo y para servir de base de operaciones a sus submarinos y aviones contra las comunicaciones marítimas inglesas. Pronto las llamadas amistosas se convirtieron en aldabonazos en nuestras puertas pirenaicas: la operación «Fénix» de invasión de la Península estaba preparada. Por la otra parte, los ingleses enseñaban los dientes en el mar: se planeó una operación contra las Islas Canarias. Pero resistimos; el Bloque Ibérico hizo el milagro; las dos naciones no desconfiaron una de otra, apoyaron mutuamente sus espaldas e hicieron cara resueltamente a los acontecimientos al saber que no iban a ser traicionadas, y salieron de la prueba triunfantes. Por primera vez en la Historia, los pueblos ibéricos salían indemnes de la lucha entre el perturbador e Inglaterra; España y Portugal deben por ello inmensa gratitud a sus previsores y sagaces gobernantes.

Si bien es fácil, como hemos podido ver, saber las posturas típicas de España y Portugal en el tipo de guerras que acabamos de relatar, debido al gran número de ellas habidas en Europa desde los tiempos de Carlos V y Felipe II, no podemos sacar las mismas o parecidas consecuencias cuando se trata de un perturbador o conquistador oriental, por el hecho de presentarse en la escena europea cada quinientos años, como apuntamos antes. El último conocido ha sido el turco, que, paradójicamente, se ha convertido hoy en uno de los más firmes baluartes de la coalición occidental. Cuando éstos, en el siglo XVI, amenazaban con invadir Europa y apoderarse del dominio del mar, fué la decidida acción de los dos pueblos ibéricos la que detuvo su avance marítimo. Portugal les derrotó y expulsó del Océano Indico en una acción de indudable trascendencia histórica. España, al frente de la Liga, empujó a la vacilante Venecia a llevar a cabo, con ella, una de las acciones navales que más consecuencias ha tenido para el desarrollo de la civilización occidental: Lepanto. Esto, aparte de las ayudas militares prestadas a Austria. En fin, ambos pueblos ibéricos puede decirse que en aquella ocasión fueron los paladines de la lucha, al menos por mar, pues por

tierra fueron los polacos y austriacos los que aguantaron los duros golpes turcos, en su avance hacia el interior del continente.

Un hecho curioso se ha presentado siempre que un perturbador oriental se ha presentado en la palestra europea : uno de los pueblos occidentales de los más representativos, por cuestiones de rivalidades entre ellos, ha considerado al oriental como un aliado, o al menos como un contrapeso favorable en el equilibrio de los pueblos europeos, traicionando con esta postura, a la larga, al mundo occidental. Así hizo Esparta con Persia en su lucha contra Atenas; Francia con Turquía, contra España, e Inglaterra y Rusia, en su guerra con Alemania.

Hasta ahora, a pesar de esas traiciones, argucias políticas o necesidades del momento, el oriental no consiguió superar el germen de disolución que llevaba su impulso conquistador, pero esta última vez no hay síntomas de que vaya a pasar lo mismo. La aparición de una extraordinaria potencia occidental, Norteamérica, es lo único que ha vuelto otra vez a las dos parte en pugna al equilibrio; si no fuera por ello, Europa estaba irremisiblemente perdida.

#### LA N. A. T. O. Y LA CUESTIÓN ESPAÑOLA

En la última reunión de este Organismo en Lisboa, el ministro portugués Paulo Cunha, apuntando sobre la falta de España en la misma, resaltó con gran realismo la indivisibilidad geoestratégica de la Península Ibérica, diciendo que la defensa de Portugal nunca sería completa sin la participación de España. Sus palabras textuales fueron éstas : «El sistema de defensa europeo sería mucho más útil y eficaz con España; existe aquí un foso, y espero que desaparezca... Confío en que se conseguirá la integración de España en el bloque defensivo occidental.» Bien claro expresó la situación anómala de la coalición, diciendo que existe el foso de España; pues bien : eso es precisamente lo que pretenden Francia e Inglaterra, que exista un foso, un vacío, que España no cuente, borrarla del mapa, que Portugal sea una isla. España tiene una posición estratégica demasiado buena; su reconocimiento y justa valoración por el aliado más poderoso, extraeuropeo y suministrador de dólares, traería consigo una gran influencia de éste en los asuntos de Europa, monopolizados hoy todavía por ambas naciones. Ya no sería Inglaterra la única potencia del Pacto con un punto en el Estrecho de

Gibraltar, y por lo tanto, posibilitada de ponerlo en la balanza como perteneciente a su haber, por cierto de los más importantes, dado lo vital que para la lucha sería el dominio de tan importante paso. Francia vería su hábil maniobra de la cesión de bases aéreas en Marruecos, que liga políticamente a Norteamérica con el porvenir y tranquilidad de este territorio, turbada al poder sustituirlas con gran ventaja por las españolas, mucho mejor situadas, lo que traería consigo como consecuencia no dar tanta importancia a los acontecimientos políticos que en cualquier momento pueden producirse en su Zona de Protectorado, y que en la actualidad, lógicamente, tienen que preocupar a los norteamericanos, al afectar el extremo sudoeste de su despliegue aéreo estratégico.

El número de divisiones que se podría poner en juego, en caso de un rearme y modernización del ejército español, tampoco es cosa despreciable para los dos más fuertes componentes europeos de la N. A. T. O. Entre España y Portugal podrían formarse unas 50 divisiones, justamente las que a bombo y platillo ha proclamado la Conferencia de Lisboa que van a tener las naciones del Pacto Atlántico; bien es verdad que las nuestras no están armadas, ni instruidas en el manejo del armamento que los tiempos requieren; pero las de la N. A. T. O. tampoco existen aún, y su constitución entra en el dominio de los deseos de los allí reunidos, aparte de que su armamento depende, en su noventa por ciento, de los suministros americanos, que en un momento pueden volcarse en la Península, de forma que en la actualidad resulta que las posibilidades militares del Bloque Ibérico son prácticamente iguales a las de la N. A. T. O. en Europa.

Estudiando de nuevo este tema de las divisiones de una forma objetiva, puede sacarse, en consecuencia, cuán lejos, por desgracia, está de poder ser una realidad esta cifra adoptada. Los principales contingentes estarán, como es natural, al cargo de Francia, Italia y Alemania. La primera, en la actualidad, sólo tiene organizadas cinco en la metrópoli; con las necesidades, cada vez más acuciantes, de la guerra de Indochina, es muy difícil que este número aumente, pues la sangría continúa, las promociones de oficiales van íntegras de Saint-Cyr a los arrozales indochinos; todo el esfuerzo que se debía concentrar en el objetivo principal europeo, consiguen los rusos, con su hábil política, que se canalice hacia la diversión de Extremo Oriente, manteniendo allí una guerra colonial cada día más cálida, en donde ellos representan el papel de simpa-

tizantes de los pueblos oprimidos. Es muy difícil que Francia arme y prepare más divisiones; además, la situación política del país impide toda reacción enérgica interior en este sentido.

Alemania, en caso de que quisiera crear las doce divisiones que la Asamblea de la N. A. T. O. le ha adjudicado, cosa poco probable, dada la situación espiritual de los militares después de lo que la propaganda occidental ha dicho de ellos al término de la guerra, se encontraría con la férrea oposición del nerviosismo francés ante tal idea; es más que probable que todo quede sobre el papel, y las únicas divisiones que se organicen, más o menos, sean las italianas.

¿Por qué no participa Inglaterra en el ejército europeo? Según ella, porque sus compromisos con los Dominios se lo impiden; la realidad es porque no cree en el mismo y por seguir su estrategia tradicional de considerar a su ejército como expedicionario, no como continental, pudiendo aplicar su esfuerzo en donde la marcha de los acontecimientos se lo aconseje, a ser posible lo más alejado del centro del poder enemigo, en un teatro en donde pueda suministrarlo por vía marítima y el adversario tenga que hacerlo al suyo por una larga línea terrestre. El olvido de este sano principio hizo que en las dos últimas guerras el ejército inglés estuviera a pique de ser aniquilado durante las primeras jornadas, al ceder a los requerimientos del Estado Mayor francés, de ponerlo en línea con sus tropas. No, los ingleses no volverán a cometer tamaña equivocación; su ejército queda desligado de los compromisos europeos, no se batirá en el Elba.

Presentado así el panorama real que sugieren las 50 divisiones en la Asamblea de la N. A. T. O. de Lisboa, es fácil darse cuenta de la importancia que para la defensa de Occidente podría tener el armamento y preparación de las 50 del Bloque Ibérico. En España y Portugal no existe absolutamente nada que lo impida, ni cuestiones políticas, ni quintas columnas organizadas, ni guerras coloniales, ni espíritu absentista, ni jûego político parlamentario; todo lo contrario, hay afanes de defenderse y de luchar hasta el final por la supervivencia. Además, en el caso poco probable de que las naciones de la N. A. T. O. consiguieran crearlas, con las ibéricas serían ciento, cifra ya respetable para pensar en la agresión. Solamente los compromisos sectarios, el temor a que la defensa se organice en los Pirineos y no en el Elba, y el tocar a menos en el reparto de los dólares, pueden ser capaces de crear tal absurdo.

## EL BLOQUE IBÉRICO Y LA ESTRATEGIA GLOBAL

El encaje de la pieza representada por el Bloque Ibérico en la estrategia global, tal como ésta se presenta, enfrentando al mundo occidental, capitaneado por Estados Unidos, y el oriental, dirigido por la U. R. S. S., se puede resumir en una serie de puntos, con el objeto de presentar el problema de una forma más clara y concreta; así, podemos decir que éstos son :

1.º *Unidad geoestratégica definida.* — Esta es la propiedad fundamental que revaloriza y da tremendo realismo al Bloque Ibérico. La Península e Inglaterra son las únicas zonas de Europa que puede decirse que gozan de ella.

Su aislamiento del continente, su extensión, situación geográfica particular, la posibilidad de quedarse al margen, si le interesa, de las luchas continentales; el constituir la última zona de refugio en caso de un éxodo europeo, ante el avance oriental; el dominar el Estrecho de Gibraltar y tener costas continuas sobre tres importantísimos mares —Mediterráneo, Atlántico y Cantábrico—, hacen de la Península una unidad estratégica indivisible.

Otro hecho al que no se le ha dado toda la importancia que se merece, pero que la tiene extraordinaria, está condensado en el informe que la Comisión Económica Norteamericana, presidida por Mr. Sufrin, ha hecho sobre la situación económica actual de nuestro país. Dicho señor ha hecho la sorprendente declaración de que España tiene una economía limitada, pero completa, de tal forma, que Francia, Estados Unidos y España son los únicos países que prácticamente pueden vivir autónomamente de sus propios recursos, aunque la última rebajando un poco su nivel medio de vida, ya de por sí bajo. La realidad es que esta declaración de Mr. Sufrin no es más que una confirmación del por qué del fracaso del bloqueo económico y diplomático que hemos sufrido durante estos últimos años; España ha aguantado, y esto ha sido posible, aparte de la firmeza de sus gobernantes, a que casi se basta a sí misma, y que, aunque con grandes sacrificios, puede sobrevivir y esperar tiempos mejores. Esta propiedad de resistencia y autosuficiencia tendría una gran repercusión a favor de ella en caso de guerra, puesto que los suministros

necesarios del exterior lo serían casi exclusivamente para las fuerzas combatientes, no estando sobrecargados con los necesarios para la población civil, como sucede en amplia escala con Inglaterra, lo que supondría un ahorro considerable en el transporte marítimo, que se podría emplear casi por completo en fines militares.

2.º *Solidez defensiva natural contra el perturbador oriental o continental.*—En primer lugar, hay que considerar como primer factor retardador del ataque, la lejanía. La Península Ibérica es el extremo sudoeste del continente europeo, y, por ley natural, la última región del mismo que trataría el perturbador de conquistar. Este hecho traería consigo el consiguiente desgaste del mismo hasta alcanzarnos, habiendo motivos para pensar que no llegaría con su máxima potencia, sino desorganizado por la marcha de 2.500 kilómetros, debiendo, en buena lógica militar, crear en el sur de Francia nuevas bases de partida para el último y definitivo asalto. Esto, como es natural, nos daría tiempo para organizarnos, recibir suministros y ayudas militares; en definitiva, prepararnos para una defensa vigorosa y resuelta.

En segundo lugar, están los Pirineos y la complicada compartimentación interior peninsular. Todas las cordilleras tienen una dirección Este-Oeste, excepto la Ibérica, que la cruza en diagonal, aumentando así la complicación de nuestra orografía. Esto hace que el empleo de las fuerzas altamente mecanizadas, tan aptas para luchar en la llanura europea que se extiende de los Urales al Pirineo, no se las pueda sacar en las luchas peninsulares tan amplio rendimiento, excepto en las llanuras de las mesetas centrales; es decir, que una invasión proveniente del Norte, se vería encallejonada por los únicos tres accesos de los Pirineos, lo que, como mínimo, quitaría al enemigo capacidad de maniobra, debiendo ser sus ataques frontales por lugares que pueden estar previamente fortificados. Las fuerzas acorazadas que consiguieran penetrar no podrían dar todo su rendimiento, debido a la orografía del país. Por último, su compartimentación obligaría al atacante a tomar barrera a barrera, con el consiguiente desgaste.

En tercer lugar, en una lucha entre potencias navales y continentales, las regiones más fáciles de defender por las navales son las penínsulas. El atacante continental sólo puede penetrar por ellas por su istmo, que, por otra parte, puede atacar por ambos flancos el que domine el

mar. Además, las líneas de suministro del atacante serían largas, terrestres, vulnerables a los ataques de la aviación. Por el contrario, el defensor puede ser socorrido por vía marítima en la amplitud que le permitan sus puertos y con el rendimiento que proporciona el transporte marítimo.

3.º *En el caso de una consolidación de la defensa de Centroeuropa, servir de una amplia zona de retaguardia, base de los suministros.*—Hoy día, debido a las posibilidades de la aviación estratégica, las bases situadas en Francia, o en algún otro país, habría que considerarlas como avanzadas. En la última guerra, cuando el desembarco en Normandía, la gran base de retaguardia la constituyó Inglaterra; además, en aquella época, la *Luftwaffe* había desaparecido prácticamente del cielo. En un próximo conflicto, es lógico que los orientales hayan aprendido la lección, y que Inglaterra, por su cercanía al centro del poder enemigo, el desarrollo de las armas autopropulsadas y la vulnerabilidad de sus grandes concentraciones fabriles y ciudadanas, ocupe el lugar, en la defensa de Europa, que jugó Malta en la segunda Guerra Mundial, todo ello sin subestimar el gran papel que podrá desempeñar Inglaterra.

De todas formas, la Península Ibérica está en muchas mejores condiciones para servir como primer escalón de la reacción occidental, aunque, desde luego, habría que prepararla para sacar de ella el mayor rendimiento. Sus líneas férreas, el ancho de las mismas, las carreteras principales, aeródromos, el equipo de carga y descarga de sus puertos, almacenes a prueba de bombardeos, utillaje industrial, etc., etc., necesitan de una seria revisión si se quiere sacar a la Península el rendimiento que le proporciona su privilegiada situación.

La zona que comprende los tres grandes puertos Vigo, Lisboa y Cádiz, puede ser considerada como la extrema retaguardia europea, pudiéndose efectuar por ella los suministros más importantes, y luego, por vía terrestre, a su destino; esto, en el caso de gran presión enemiga, pues en el caso de que ésta no sea excesivamente grande, se podría utilizar cualquiera de los numerosos puertos peninsulares, lo que, unido al enorme rendimiento del transporte marítimo, convertiría a la Península, en poco tiempo, en el almacén suministrador de las necesidades europeas de todo orden.

4.º *Posibilidad de servir de base para los bombardeos estratégicos.*—Estos, en general, requieren: distancia adecuada al centro del poder enemigo, retaguardia segura y posibilidad de ser suministrada en la proporción suficiente para sostener sobre ella un dominio local del aire, junto con otras condiciones de menor importancia.

Las amplias mesetas centrales de la Península, sin duda alguna, presentan características muy apropiadas para la instalación de las pistas que hoy necesitan los grandes bombarderos pesados, con un mínimo de coste de construcción. La distancia que lo separa del centro del poderío adversario oscila entre 2.500 y 3.000 kilómetros, o sea lo suficiente para que el bombardero tipo «B-29» pueda cumplir misiones ofensivas de bombardeo estratégico dentro de su radio de acción. Esta distancia está hoy día dentro de la normal para este tipo de operaciones aéreas, evitando, al mismo tiempo, su longitud una reacción demasiado vigorosa del enemigo sobre las instalaciones aéreas propias, pudiendo contarse con un dominio local del aire, gracias a los suministros que pueden llegar por vía marítima, de toda suerte de cazas y el combustible, personal e infraestructura necesaria. Puede contestarse a esto con que el adversario también contaría con un dominio de su cielo que imposibilitaría su acceso a él de los aviones occidentales; pero la realidad es que las operaciones de este tipo responden a una maniobra del conjunto de todo el despliegue aéreo, y que los aviones provenientes de la Península Ibérica sólo serían una pieza del juego, debiéndose contar, para alcanzar la superioridad aérea en un punto determinado, con la acción de las otras piezas del despliegue y su acción combinada.

Es verdad que no se puede ser profeta en cuanto a la importancia que en este sentido puede tener el Bloque Ibérico, pues en último término todo depende de las circunstancias del momento, así como del valor de las sorpresas técnicas que tengan preparadas los orientales; pero, tal como ahora están delimitados los campos, es indudable el gran papel que puede representar, como base de bombardeos estratégicos, la Península, compartido en Europa por una sola nación: Inglaterra.

5.º *Servir de base a la reacción antisubmarina.*—Es evidente que una de las preocupaciones del perturbador oriental será la misma que hasta ahora pusieron en práctica todos los perturbadores europeos: atacar a

su enemigo en el sitio en que éste basa todo su poder, las líneas de comunicación marítimas, haciéndolas, lo mismo que hizo Alemania en las dos últimas guerras, una dura guerra al tráfico marítimo por medios submarinos y aéreos. Es lógico pensar que estudiarán concienzudamente este tipo de guerra, y tratarán de no caer en los mismos errores en que cayeron los alemanes.

La Península Ibérica está en medio de los lugares en los que el tráfico marítimo es de los mayores del mundo; en sus cercanías convergen gran parte de las derrotas que, partiendo de las diferentes partes de la Tierra, convergen en el Canal de la Mancha. Puede decirse que entre sus costas, las del Norte de Africa y el cordón de islas ibéricas —Azores, Madera, Canarias y Baleares— pasa el sesenta por ciento de la navegación mundial. El hecho de estar casi en el corazón del tráfico marítimo europeo le presta la posibilidad de tener una estrategia naval propia, supervalorizando a las fuerzas navales y aéreas en ellas basadas, al poner al alcance de las mismas una inmensa cantidad de barcos, que en esta ocasión su misión sería de defenderlas de los ataques submarinos, que lógicamente se encontrarían en donde exista caza, y esta zona, que puede ser controlada por los pueblos ibéricos, es quizá, junto con las aguas que rodean a las Islas Británicas, el mejor coto existente en el Océano Atlántico. En la última guerra, la necesidad que tuvieron los aliados de las Azores, y la importancia que los ingleses dieron a las Canarias, comprueban nuestro aserto.

Todos estos puntos expuestos, de tipo militar, son los más importantes a señalar y los que plusvalorizan al Bloque Ibérico dentro de la comunidad de las naciones occidentales; pero existen otros de índole espiritual, que no vamos más que a citar: situación política sólida, afin al resto de la comunidad de pueblos occidentales, pero sin minorías organizadas simpatizantes con los métodos orientales. Excelentes relaciones con el mundo árabe, que nos consideran como a sus leales amigos, cosa que no sucede, ni mucho menos, a las otras naciones de la N. A. T. O., en las que más ven sus explotadores o sus enemigos. Influencia espiritual sobre los países iberoamericanos, que pese a toda clase de propaganda desacreditadora, siempre consideraron a los pueblos del Bloque Ibérico, España y Portugal, como su Madre Patria, a la que deben su lengua, su religión, la cultura y la raza.

ENRIQUE MANERA